

ETAPA III

FORMACIÓN GENERAL

EL MATRIMONIO

PARTE I

YO, TÚ, ÉL...

TEMA 3



HOGARES DONBOSCO



TEMA 3º

YO, TÚ, ÉL.



Sin querer meternos en honduras filosóficas. ¿Tienen los animales conciencia de su "yo"? No lo sabemos. Pero en los seres humanos, en mí como en cualquiera, ser consciente de que soy "yo", distinto y aparte de los demás, que yo vivo, que yo entiendo, que yo soy responsable de lo que hago, es lo más característico de mi existencia personal. Yo puedo dar. Yo puedo recibir. Yo valgo. Yo conozco. Yo amo. Yo quiero ser más feliz. Yo soy yo. Yo siempre seré yo. Yo soy único e irreplicable. Es la **conciencia del YO**.

Se corre el peligro, al tomar conciencia exagerada del yo, caer en el **egocentrismo**: (Valoración excesiva de la propia personalidad que lleva a una persona a creerse el centro

de todas las preocupaciones y atenciones.)

En esta unidad bipersonal que llamamos "hombre" que es creado a imagen y semejanza de Dios, lo más importante es el **YO**, ya sea varón o sea mujer: es el que piensa, el que obra en libertad, el que quiere lo que precisa, o cree precisar, el que siente necesidades, ese **YO** que es capaz de relacionarse, capaz de tener pensamientos trascendentes y creer que es criatura de Dios, que quiere ser como Dios, que se siente pecador y necesitado de perdón: se siente amado y redimido por Dios. Ese YO que se siente solo y busca la compañía, alguien que sea igual a él, *"carne de su carne y hueso de su hueso"*; Ese **YO**, que como varón busca la mujer, y como mujer busca al varón, y así forma el "hombre" para sentirse imagen y semejanza de Dios.

A mi lado hay otros como yo, que a su vez e igualmente dicen "yo". Todos somos personas distintas e independientes unas de otras. Pero, al mismo tiempo, todos vivimos en relación, viéndonos unos a otros, conociéndonos, atrayéndonos o rechazándonos, dependiendo los unos de los otros de muy diversas maneras, lo queramos o no. Sólo así *cada uno decimos "yo": porque tengo ante mí un "tú" y un "él", o solamente un "tú" y muchos "ellos"*.

El más próximo a mí, acaso no físicamente, pero sí en el vínculo de la relación, a quien conozco, amo o aborrezco de manera primordial, de quien siento depender, y se lo digo, es mi **"tú"**; y a todos los demás, ambos los consideramos "él" o "ellos".

Así ocurre en el matrimonio. Tengo el **"tú"** (mujer si soy varón; varón si soy mujer) que me complementa, que me hace querer pensar como él piensa, decir como él dice, hacer como él hace. Un "tú" que me hace compañía, *en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad, en la riqueza y en la pobreza, todos los días de la vida*.

Ese es el "tú", y lo repito y repito muchas veces, que me hace ser imagen de Dios, con el que rezo al ser trascendente, con el que me siento amado por Dios, querido por Dios, perdonado por Dios, salvado por Dios.

En una buena relación de pareja en matrimonio, el hombre no deberá decir "ella" hablando de su mujer, sino "mi esposa"; y la mujer no debería decir "él" para mencionar al varón de su pareja, sino que dirá "mi marido".

Son simples detalles, pero muy significativos al querer ser precisos hablando de la verdadera relación entre casados. Su vida de relación debe tener la prioridad entre todos sus intereses, y es la que más deben cultivar para gozarla siendo felices; por delante de "sus hijos", de "sus papás", de "sus amigos", y de "sus negocios", esté siempre "su relación de pareja".



Vivir en relación es aquello de la Biblia de "no es bueno para el hombre estar solo". Dios, al verlo, creó a la mujer para que fuese su compañía. Cuando el varón se encuentra con una mujer semejante a él para ser su compañía, exclama complacido: *"Esta sí que es carne de mi carne y hueso de mis huesos"*. Replicando Dios, como sentencia: "Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne". La realización cabal del hombre está en el matrimonio; como para el sacerdote, desde su celibato, ha de estarlo en la vinculación de amor con su Iglesia. Este es el **"tú"** que nosotros queremos.

Vivir esa relación de pertenencia, en la Unidad vivida fielmente, es lo que dará la felicidad, esa felicidad distinta que hay en un buen matrimonio. Cualquier otro modo de relación entre personas será secundaria frente a la relación de los esposos que se han comprometido a amarse y ayudarse todos los días de su vida, y que lo viven con toda verdad. Conociéndose al verse hechos el uno para el otro, conociéndose de veras y sintiéndose más en verdad el uno parte del otro, aceptarán la obligación de amarse como se ama al propio cuerpo, como siendo "una sola carne".

Conocer a Dios es conocer todo el amor que Dios nos tiene; porque "Dios es amor". Pero hechos a imagen y semejanza de Dios, conocerse a sí mismo es conocer la bondad que uno tiene personalmente y su capacidad de darse amando.

Igualmente, conocer a tu cónyuge es conocer toda la bondad y amor que hay en esa persona por lo cual es digna de ser amada y de amarse. Cuando decimos de otro: "No le conoces bien, todo lo malo que es y lo capaz que es de hacerte el mal", decimos una aberración que procede de lo malo que hemos abrigado en nuestro corazón pensándolo, no por lo que somos ni queremos ser, sino por la degeneración a la que hemos llegado complaciéndonos en encontrar lo malo y degenerado del otro; almacenado en nuestro corazón, nos produce aversión, pero dejamos al margen lo bueno que seguramente tiene.

Pero yo me redimiré si logro quedarme con lo bueno que soy y tengo, para así dar mi verdadero **"yo"** a quien amo, a la vez que para dejarme amar yo mismo. De la misma manera, el **"tú"** tiene la capacidad de convertirse y redimirse de lo malo en que degeneró, recuperando lo bueno que es para así darse y amar; necesita sentirse amado sin límites, y que se crea y se espere en él sin límites.

Esta ha de ser la principal tarea del cónyuge, creado para ser la ayuda del otro; haciendo que se note: haciéndole venir hacia uno para entenderse ambos dialogando, aunque el otro no esté haciendo esfuerzo para acercarse. "Ya no son dos, sino una sola carne; pues bien, **lo que Dios unió no lo separe el hombre**", dijo Jesús (Mt 19, 6), y **es la meta a conquistar**.

Es muy frecuente que en los primeros tiempos, días o meses, de estar casados, se dé como natural y por supuesto que para amarse no necesitan trabajarlo ni estar atentos a todos esos detalles aquí mencionados, que les parecerían "complicaciones".

Consiguientemente no toman en cuenta que el romance con el que se unieron en matrimonio puede ir deteriorándose en la rutina del día a día, y en los sutiles detalles que van apareciendo en el otro, antes desconocidos porque en el enamoramiento no se manifestaban. Poco a poco van sumándose y haciendo un bulto que le hace sentir a uno la decepción de haberse equivocado: "esa no es la persona con la que yo me casé".

Si a ello se añade que al casarse no rompieron "el cordón umbilical" ambos a la par, o uno de ellos; y que, en consecuencia, la prioridad en la relación no la tiene el esposo o la esposa, sino el papá o la mamá de uno o de los dos, insensiblemente dejan de ser "una sola carne", siguen siendo "dos" y cada día más de veras dos en vez de uno. Resultando que es "el varón, que es la mujer" quien está separando "lo que Dios ha unido".

Por eso, ya desde antes de casarse deberían saber bien estas cosas. Ninguno nació adulto y sin necesidad de trabajar para llegar a serlo. Por eso, después de casados, desde el primer día del matrimonio tienen obligación de tomarlas muy en cuenta, para esforzarse ambos con mucho cuidado a fin de que "el amor eterno" que se juraron no vaya quedándose en una mentira dicha con juramento, inconsciente e irresponsablemente.

La meta en el matrimonio es gozar la unidad en la intimidad. Pero la unidad no es algo que ya se tiene conseguida desde un comienzo, sino algo que se construye viviendo juntos, en el camino del día a día, superando las barreras que se les presenten.

Sabiendo que esta unidad para el buen matrimonio es cosa de tres: de los dos que se han casado, y de Dios que los ha unido para darles sus bendiciones si mantienen su plan de ser una sola carne. Ni los propios esposos, ni los padres de cada uno de ellos, ni otra persona alguna, pueden meterse a romper esa unidad pretendiendo que así sean más felices los se casaron responsablemente para, unidos, hacer su vida amándose.

SI PENSAMOS: ÉL, TÚ, YO

SI PONEMOS, PRIMERO ÉL DESPUÉS TÚ Y POR ÚLTIMO YO.

LA COSA CAMBIA.

Este cambio quizás me ajuste más al mensaje del Evangelio.

Primero "**ÉL**", ese "**ÉI**", que es el último: "*Dios no quiere que se pierda ni uno sólo de estos pequeños*" (Mateo 18, 12 - 14).

La Inspectoría Salesiana de María Auxiliadora ha lanzado una campaña para este próximo Curso 2018-19: "**primero los últimos**".

El **objetivo de la Campaña** es optar preferentemente por los jóvenes en riesgo de exclusión social. Y se propone hacerlo de la siguiente manera:

- **Sensibilizándonos** sobre las situaciones de pobreza y exclusión de los destinatarios de todos los ambientes de cada Obra, y dando respuestas concretas.
- **Coordinando la acción** y el apoyo mutuo entre los diversos ambientes de la Obra en la atención a los niños, adolescentes y jóvenes en riesgo de exclusión.
- **Fomentando nuevas iniciativas** de inclusión social, con el impulso y la implicación de la comunidad educativo-pastoral.

Y recordad que en salesiano tenemos claro que "Primero, los últimos para que todos y todas podamos ser los primeros". ¡Buen inicio de Campaña!

Primero "él": el tú, el yo, el tú-yo, el matrimonio, busca siempre al otro y sobre todo el más necesitado, al más pobre entre los pobres.

NO PODEMOS SENTIRNOS SOLOS

Aunque uno pueda estar en medio de una multitud, en una aglomeración, en un tren, etc., y sentirse solo, porque no está de veras en relación con ellos: no tiene él interés por ellos ni ellos por él, no les habla ni le hablan. Estando juntos, cada uno vive solo. No sólo es que no se aman, es que ni se conocen ni quieren conocerse.

Si hemos de entender a Dios como infinitamente feliz, no podremos dejarle en la soledad de una sola Persona desde una eternidad anterior a la creación de las cosas y del hombre. En su mismo ser es Trinidad de Personas en Relación divina, con una Relación de amor tan íntima que es un solo Dios. Y ahí encontramos toda la profundidad de lo que dice la Biblia cuando afirma que Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, que a su propia imagen creó al hombre, "varón y mujer los creó". Los hizo para vivir a semejanza de Él, viviendo entre ellos la relación del amor que Dios los tiene. Especialmente en la vida de matrimonio.



Pero con el "yo", con el "tú", con el "yo-tú", que hemos formado en el matrimonio, con "el hombre", se forman a nuestro alrededor "él", "ella", "ellos", "ellas", seres como nosotros, que viven como nosotros, que han sido creados por Dios, como nosotros; que quizás formen un "yo-tú", como nosotros, viviendo su propia vida matrimonial.

Este "él", varón o mujer, singular o plural... es con quien nos relacionamos, con quien formamos nuestro grupo, con quienes rezamos al Creador, con los que vivimos nuestra vida social: trabajamos, nos divertimos, tenemos proyectos en común...

Este "él", varón o mujer, singular o plural... con el que muchas veces discutimos, no pensamos igual... llegamos a odiarnos y le dañamos de pensamiento, palabra y acción... Pero sigue siendo "él", con el que debemos relacionarnos y tratar el entenderse, saber convivir en medio de las diferencias, tratar de amarlos.

Si los que me rodean son enemigos o están para hacerme sufrir, me siento solo: la relación me separa de ellos, no me une.

La relación de Dios con el hombre se nos revela en el tema de La Alianza, permanente en toda la Biblia. Desde el Paraíso a donde cada tarde bajaba Dios a pasear con el hombre; con la promesa después del pecado por la que se compromete Dios a dar al hombre la victoria sobre el mal; continuando con lo del arco iris, terminado el diluvio, como señal de que El sería desde el cielo el cobijo y protección de aquella humanidad nueva; siguiendo con ese "Yo estoy contigo", de tantos modos dicho a Abraham y su descendencia.

Esa será la Alianza mantenida en el "vosotros seréis mi Pueblo y yo seré vuestro Dios si vivís guardando mis mandatos", formulada así por medio de Moisés y los Profetas. "Al llegar la plenitud de los tiempos", Jesucristo será la Alianza Nueva y definitiva, en la que Dios hace suyo todo lo humano para hacer del hombre todo lo divino, mediante la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesucristo el Hijo de Dios.

Semejante a esa Relación de Dios con el hombre ha de ser la del varón y la mujer en el matrimonio desde la fe cristiana; por lo que "alianza" llamamos los cristianos al matrimonio, y "alianza" se llama el anillo de metal hermoso que cada uno pone en la mano del otro en el momento de casarse. Como creyentes, se comprometen a ser el uno del otro amándose no con un amor cualquiera, sino como Dios los ama: para que Dios ame a la esposa por medio del esposo, y a su vez sea Dios quien ame al esposo por medio de la esposa. Con su unión matrimonial, ambos se hacen Cuerpo de Cristo, al que Dios ama tanto como puede amar a su propio Cuerpo. Es una Alianza hecha con Dios.

Esa es la misma relación que se ha de hallar también en el sacerdote "alter Christus" unido a su Iglesia, y en el celibato como vocación suya. Los Presbíteros tienen su sacerdocio como recibido en participación del sacerdocio de los Obispos. Pero apenas advertimos y valoramos el hecho de que el Obispo tiene estos distintivos: la mitra como signo de su dignidad de maestro de la fe, el báculo como distintivo de su función de pastor en lugar de Cristo, y el anillo como signo de esposo de su Iglesia, siendo Cristo el esposo de la misma mediante él. Con ese amor de enamoramiento vino Dios al mundo buscando al hombre, haciendo suya nuestra humanidad.

Esta relación íntima del sacerdote con su Iglesia a él encomendada y con la que está unido, es muy distinta de todo tipo de relación entre seres humanos aun comprometidos en matrimonio; es la relación de Dios hecho hombre, Jesucristo, comprometido con su Iglesia en la nueva y definitiva Alianza prometida. Pero sin esa fe, el sacerdote será con su celibato un pobre hombre que sentirá la carencia del matrimonio; y el celibato le resultará una carga pesada en la que no verá un sentido serio, sino como una frustración.

No sólo será así para el propio sacerdote. Para los demás que lo ven, aun los mismos cristianos, el celibato les resultará normalmente poco inteligible. Podrá llegar a ser considerado hasta como una renuncia inadmisibles. El Celibato del Sacerdote o de los consagrados en la Vida Religiosa, no es sólo para que el propio interesado lo entienda y aun lo goce; es también para que, al verlo vivido desde ese amor sponsal de Cristo hacia su Iglesia, lo entiendan también los demás, y gocen al encontrarlo como realidad hermosa en este mundo en el que se valora solamente lo material, caminando a perecer en la corrupción si no se admiten otros valores superiores.

PRIMERO
los
últimos

DIOS NO QUIERE QUE SE PIERDA NI UNO DE ESTOS PEQUEÑOS

REUNIÓN DE GRUPO.

Oración inicial.

*Qué grande es la riqueza de Dios,
qué enorme su sabiduría y entendimiento.
Nadie puede explicar las decisiones de Dios,
ni puede entender lo que hace y cómo lo hace.
«¿Quién conoce la mente del Señor?
¿Quién puede darle consejos a Dios?
Nadie le ha prestado nada a Dios
como para que Dios esté obligado a pagarle».
Dios ha creado todo
y todo existe por él y para él.
¡A Dios sea el honor por toda la eternidad!
Así sea.*

¡¡Quisiera ser como Dios!!

PARA COMENTAR EN GRUPO

¿Soy consciente de que "yo" soy distinto al "tú" y distinto al él/ella/ellos, ellas?
¿Qué peligro se corre cuando se exagera la consciencia del "yo"? ¿Es bueno o malo? ¿Por qué?
¿Cómo se forma el hombre a partir del "yo" varón y el "yo" mujer?
Al **yo-tú**, ¿le hace falta él, masculino o femenino, singular o plural?
Si ponemos en nuestros intereses primero: él, después tú, por último yo, ¿por qué estamos más en consonancia con el Evangelio?
¿Qué significa para nosotros "**primero los últimos**"?

Oración final.

*Padre celestial
Quiero que esta oración sea hecha
conforme a tu palabra, tu corazón y tus pensamientos,
declaro que mi oración se une en el poder del nombre de Jesús
para que llegue al trono de tu gracia.
Padre eterno quiero parecerme cada día más a ti,
por eso hoy vengo a tus pies para pedirte
que me des de tu esencia pura, y perfecta.
Hoy pido señor, en el poderoso nombre de Jesús,
que proveas mi espíritu de tu sabiduría y entendimiento
para poder concebir el propósito de mis días en esta tierra.
Amén y amén.*